

Jean-Paul Sartre

# La náusea

Gallimard 1938

**Jean-Paul Sartre ha sido reconocido en todo el mundo como el intelectual por antonomasia. Este pensador bizco y de 1,55 m fue un narrador de éxito, autor teatral y responsable de que la palabra existencialismo calara la sociedad occidental. Rechazó el Premio Nobel de Literatura en 1964.**

**Pero antes de su muerte en abril de 1980, ya había sido enterrado por sus contradictores, olvidado por los filósofos y denostado a causa de sus posturas políticas radicales. La Nausea es su primera novela y cumple ahora 60 años. De ella extractamos un bello texto sobre los árboles.**



¿Cuánto tiempo duró esta fascinación? Yo era la raíz de castaño. O más bien yo era, por entero, conciencia de su existencia. Todavía separado de ella - puesto que tenía conciencia- y sin embargo perdido en ella, nada más que en ella. Una conciencia incómoda que no obstante se dejaba llevar con todo su peso, en vicio, por ese trozo de madera inerte. El tiempo se había detenido: un charquito negro a mis pies; era imposible que viniera algo después de aquel momento. Hubiera querido arrancarme a aquel goce atroz, pero ni siquiera imaginaba que tal cosa fuese posible; yo estaba

dentro; a raíz no pasaba, permanecía allí en mis ojos. como se atraviesa en un gajate un trozo demasiado grande. No podía ni aceptarla ni rechazarla. ¿A costa de qué esfuerzo alcé los ojos? ¿Y los alcé siquiera? ¿No me aniquilé más bien durante un instante para renacer en el siguiente con la cabeza echada hacia atrás, mirando a lo alto? En realidad, no tuve conciencia de un paso. Pero de pronto me resultó imposible pensar la existencia de la raíz. Se había borrado, era inútil que me repitiera: existe, todavía está ahí, bajo el banco, contra mi pie derecho, esto ya no significaba

nada. La existencia no es algo que se deja pensar de lejos: es preciso que nos invada bruscamente, que se detenga sobre nosotros, que pese nuestro corazón como una gran bestia inmóvil: si no, no hay absolutamente nada.

Ya no había absolutamente nada, tenía los ojos vacíos, y estaba encartado con mi liberación. Y de golpe, aquello empezó a agitarse delante de mis ojos, con movimientos ligeros e inciertos: el viento sacudía a cima el árbol.

No me disgustaba ver algo en movimiento; me desviaba de todas aquellas existencias inmóviles que me miraban como ojos fijos. Me decía, siguiendo el balanceo de las ramas: los movimientos nunca existen del todo, son pasos intermedios entre dos existencias, tiempos débiles. Me disponía a verlos salir de a nada, madurar progresivamente, abrirse; por fin iba a sorprender existencias a punto de nacer.

Bastaron tres segundos para barrer con todas mis esperanzas. En esas ramas vacilantes que tanteaban a su alrededor como ciegas, no lograba captar un «paso» a la existencia. Esta idea de paso era otra invención de los hombres. Una idea demasiado clara. Todas esas agitaciones menudas se aislaban, se asentaban solas. Rebosaban por todas partes de las ramas y ramitas. Se arremolinaban alrededor de esas manos secas, las envolvían con pequeños ciclones. Caro está, un movimiento era una cosa distinta que un árbol. Pero a pesar de todo era un absoluto. Una cosa. Mis ojos no encontraban jamás sino lo pleno. Allí bullían existencias en las puntas de las ramas, existencias renovadas sin cesar y nunca nacidas. El viento existente venía a posarse en el árbol como una gran mosca; y el árbol se estremecía. Pero el estremecimiento no era una cualidad naciente. un paso de a



potencia al acto, era una cosa; una cosa-estremecimiento que se escurría en el árbol. se apoderaba de él, lo sacudía y de improviso lo abandonaba, se alejaba para girar sobre sí misma. Todo estaba pleno, todo en acto, no había tiempo débil; todo, hasta el sobresalto más imperceptible, estaba hecho de existencia. Y todos esos existentes que se afanaban alrededor del árbol no venían de ninguna parte ni iban a ninguna parte.

Me dejé estar en el banco, aturdido, abrumado por esa profusión de seres sin origen. en todas partes eclosiones, florecimientos; me zumbaban de existencia los oídos, mi misma carne palpitaba y se entreabría, se abandonaba a la brotadura universal; era repugnante. «Pero ¿por qué, pensaba yo por qué tantas existencias, si todas se parecen?» ¿A santo de qué tantos árboles parecidos. tantas existencias frustradas y obstinadamente recomenzadas y de nuevo frustradas, como los torpes esfuerzos de un insecto caído de espaldas? (Yo era uno de esos esfuerzos). Esa abundancia no hacía el efecto de generosidad, al contrario. Era lúgubre, miserable, trabada por sí misma. Esos árboles, esos grandes cuerpos desmañados... Me eché a reír porque pensé de golpe en las primaveras formidables que se describen en los libros, llenas de crujidos, estallidos, eclosiones gigantes. Había imbéciles que venían a hablar de voluntad de poder y lucha por la vida. ¿No habían mirado nunca un animal o un árbol? Hubieran querido hacerme tomar ese plátano con sus placas de peladera, esa encina medio podrida por fuerzas jóvenes y ásperas que brotaban hacia el cielo. ¿Debía representármela como una garra voraz que rompiera la tierra para arrancarle sus sustento?

Imposible ver las cosas de esta manera. Blanduras, debilidades, sí. Los árboles flotaban. ¿Impetu hacia el

cielo?. Más bien un derrumbe; a cada instante esperaba ver arrugarse los troncos como juntos cansados, encogerse y caer al suelo en un montón negro y blando con pliegues. No tenían ganas de existir, pero no podían evitarlo; eso es todo. Entonces hacían todos su pequeña cocina, despacito, sin entusiasmo; la savia subía lentamente en los vasos, a contra busto. y las raíces se hundían lentamente en la tierra. Pero a cada instante parecían a punto de plantarlo todo allí y de aniquilarse. Cansados y viejos, continuaban existiendo de mala gana, simplemente porque eran demasiado débiles para morir, porque la muerte sólo podía venirles del exterior sólo las melodías musicales llevan en sí su propia muerte como

una necesidad interna; pero las melodías no existen.

Extrañas imágenes. Representaban una multitud de cosas. No cosas verdaderas, otras que se les parecían. Objetos de madera que semejaban sillas, zuecos, otros objetos que semejaban plantas.

Y entonces, de golpe, el jardín se vació como por un gran agujero. el mundo desapareció de la misma manera que había llegado o bien me desperté; en todo caso, no lo vi más: a mi alrededor quedaba tierra amarilla, de donde brotaban ramas secas, erguidas en el aire.

Me levanté, salí. Al llegar a la verja, me volví. Entonces el jardín me sonrió. Me apoye en la verja y miré largo rato. La sonrisa de los árboles, del macizo de laurel *quería* decir algo; aquél era el verdadero secreto de la existencia. Recordé que un domingo, no hace más de tres semanas, había captado en las cosas una especie de aire de complicidad. ¿Se dirigía a mí? Sentí, fastidiado, que no contaba con ningún medio para comprender. Ningún medio. Sin embargo estaba allí, a la espera, semejante a la mirada. Estaba allí, en el tronco del castaño..., era *el castaño* 